comer, sino acederas, cerezas y cañas de maíz, que era pestilencia; y la lástima era de los enfermos. Pasaron la noche en este lugar y porque mataron el caballo a Martín de Gamboa, peleando bravamente, le cenaron de buena gana, hallándose Cortés al repartimiento, y la cabeza cupo a siete o ocho que hicieron fiesta con ella; y aquí llegaron cuatro castellanos que en los cerezos, que hay muchos por el camino, se habían quedado fatigados de la hambre, la cual sufrían los tlaxcaltecas con singular valor, cuyas lástimas en los peligros eran notables; pedían en esta retirada el ayuda de Dios echándose en el suelo, mordiendo la tierra, arrancando yerbas y, alzando los ojos al cielo, decían: dioses, no nos desamparéis en este peligro, pues tenéis poder sobre todos los hombres; haced que con vuestra ayuda salgamos de él. Salió el ejército de este lugar, otro día de mañana, siguiendo los indios y rabiosamente metiéndose por las lanzas y las espadas. En llegando a un gran llano, un indio de gran cuerpo muy galán y empenachado, con rodela y macana, desafió uno por uno a los castellanos; salió a él Alonso de Ojeda y tras él Juan Cortés, esclavo negro del capitán general; no esperó el indio, o porque fueron dos o porque los quiso llevar a alguna emboscada.

CAPÍTULO LXXIII. *De la batalla que en estos llanos de Aztaquemecan tuvieron los castellanos y mexicanos; y del recibimiento que se les hizo en Tlaxcalla*

DESPUÉS QUE LOS MEXICANOS y tlatelolcas hubieron concluido con los muertos y puesto en cobro el despojo que habían juntado, recogieron toda la gente que les fue posible, los cuales armados y a punto de guerra salieron tras de ellos con ánimo de acabarlos a todos de esta salida. Fueron con la mayor priesa que pudieron y alcanzáronlos en las faldas de este monte, llamado Aztaquemecan, en un lugar llamado Tonan, que es en los términos o cerca de los términos de Otumpa; alojáronse los indios mexicanos aquella noche que llegaron en las faldas o laderas que le caen a este monte a la parte del poniente, y los españoles estaban en la otra parte del que mira al oriente; y llegaron los indios con tanto secreto que no se entendió por los nuestros su llegada hasta muy tarde que lo supieron; pusieron los mexicanos sus centinelas toda la noche para que los españoles no se les fuesen secretamente; pero los castellanos luego que amaneció (no quiriendo combatir con el enemigo, porque a la necesidad antes es bien hacerle la puente de plata) tomaron su camino, la vuelta de Tlaxcalla; y ya que se habían apartado un buen trecho de aquel monte, los que velaban y atalayaban desde encima del monte, comenzaron a dar voces llamando los mexicanos, diciendo: ah mexicanos, qué hacéis, que ya vuestros enemigos se van huyendo; los cuales acudieron a las voces y comenzaron a seguirlos con grandes alaridos y ruido de bocinas y como iban

vestidos de blanco parecía el campo nevado. Dicen los que mejor cuentan esta batalla que llegaban los indios a ser doscientos mil en número (que sólo decirlo asombra); esta vez se tuvieron los castellanos por perdidos, acabados y muertos y los más animosos lo confesaron después. Cuando Cortés vido aquel diluvio de gente que descendía de aquel monte mandó parar a los suyos y todos juntos hízoles un razonamiento, encargándoles lo que debían en aquella ocasión mostrar: que eran cristianos, que peleaban contra infieles, asegurándolos del favor de Dios; ordenólos; apercibiólos; puso los caballos en su lugar y a los de quien más confiaba, a los puestos convenientes; y mandó que cuando fuese menester retirarse, cada uno llevase a cuestas un enfermo o herido.

Los mexicanos, que eran muchos y venían con grande ímpetu, con deseo de desbaratarlos, cercáronlos por todas partes y tomándolos en medio, acometiéronlos con gran saña y vocería y pelearon con ellos por todas partes; y de esta manera, rodeados los cristianos, se comenzó la batalla cruelmente, porque sin miedo de la muerte entraban los indios a ponerse a brazos con los castellanos. Los españoles comenzaron a herir en ellos, estando así cercados de todas partes y mataban indios como si fueran moscas; y ellos a porfía, los unos muertos, otros llegaban de refresco. Estaban los españoles como una isleta, que está en medio de la mar, combatida de las olas por todas partes. Andaba Cortés con la mano herida y la cabeza entrapajada de una pedrada que le habían dado en ella, acudiendo a todas partes y peleando valerosamente; y habiéndole herido el caballo en la boca y habiéndolo dejado para tomar otro, se soltó y a coces y a bocados peleaba con los indios y hacía mucho daño en ellos. Recogiéronle dos castellanos porque no le flechasen, aunque en las ancas y pescuezo llevaba hartas heridas. Apretaban tanto los indios que los caballos, no pudiendo más, se recogían a los infantes y remolinados peleaban, conociendo su perdición, aunque los capitanes excelentemente hacían su deber; y Fernando Cortés, con diligencia y prudencia, acudía a todas partes disponiéndolo todo y haciendo lo necesario.

Duró este terrible conflicto y fuerza por más de cuatro u cinco horas, en el cual murieron muchos de los mexicanos y casi todos los amigos de los españoles y algunos castellanos; llegado el mediodía, con el intolerable trabajo de la pelea, los españoles comenzaron a desmayar y viendo esto el capitán Cortés, con grande ánimo comenzó a animar a los suyos, diciéndoles: hermanos y amigos, ¿qué hacéis? ¿Cómo no os esforzáis? ¿Por qué desmayáis y os dejáis matar como perros, de estos malditos idólatras? Y diciendo estas palabras, con voz alta y muy lastimosa, miró hacia todas partes donde estaban los enemigos peleando y vio encima de un otero, en unas andas, un caballero mandando, ricamente vestido y empenachado, con una rodela dorada, y que la bandera y señal real que le salía por las espaldas era una red de oro que los indios llamaban tlahuizmatlaxopilli, que le subía diez palmos por cima la espalda, y el proprio nombre de el capitán era Cihuacatzin; pero el apelativo del capitán era Matlaxopilli (tomado de la insignia que llevaba de capitán) y que estaban junto a él infinitos, muy

lucidos y ricamente vestidos; determinó de ponerse en peligro y acometer a éste. Metióse por entre los indios y siguióle Juan de Salamanca en una yegua overa y iba hiriendo con la lanza y derribando con los estribos a los que encontraba; llegó a él y hirióle y derribóle; apeóse Juan de Salamanca y cortóle la cabeza y quitóle la bandera y alancearon otros de los que estaban con él; y fue de tanto provecho esto que luego los indios, viendo caer la bandera, cesaron de pelear y comenzaron a retirarse y a huir con tan grande y mayor ánimo que antes tenían peleando. Los principales llevaron con gran llanto el cuerpo de su general; y no fue ésta la menor buena fortuna de cuantas Fernando Cortés tuvo en su vida; siguieron los castellanos la victoria; mataron, según se pudo entender, veinte mil de ellos y todos los demás desaparecieron dentro de breve rato. En esta batalla despojaron muchas riquezas, la cual fue memorable y señalada y que se tuvo la victoria, después de Dios, por el gran valor de Cortés. Y al fin de ella dice el venerable y bendito padre fray Bernardino de Sahagún estas palabras formales: De esto cómo pasó, nos informaron algunos de los españoles que se hallaron en esta misma batalla y después tomaron el hábito de San Francisco y de ellos yo fray Bernardino de Sahagún, oí esta relación que aquí está escrita. Los plumajes y divisas que se tomaron, repartieron después los castellanos en Tlaxcalla; señalóse aquí un indio, capitán de Maxixcatzin, que se llamó después don Antonio Calmecahua y murió de ciento y treinta años y dio siempre muy buena razón de todo este hecho, conformando con lo que otros dijeron, porque fue uno de los principales de esta retirada.

Dícese en un memorial, que dejó escrito el indio que se halló en la conquista (que después de cristiano aprendió a leer y escribir, el cual tengo en mi poder), que luego que los españoles salieron de la ciudad hubo diferencias grandes entre los mexicanos, condenando los enemigos de los españoles a los que les habían sido amigos y les habían socorrido en su cerco con bastimentos y cosas de su regalo y que llegando a las manos, como eran más los enemigos que los amigos, mataron algunos señores, entre los cuales murieron Cihuacohuatl, Tzihuacpopocatzin, Cipocatli, Teucuecuenotzin, hijos de Motecuhzuma y de Axayacatl, su padre, que debieron de ser algunos de éstos los dos que dejamos dicho haber muerto en la retirada, luego que salieron de la ciudad huyendo los españoles.

En esta batalla, dice Diego Muñoz Camargo en su *Memorial de Tlaxcalla*, que María de Estrada peleó a caballo y con una lanza en la mano tan varonilmente como si fuera uno de los más valientes hombres de el ejército y aventajándose a muchos.

Los castellanos alegres y victoriosos, aunque cansados y hambrientos, fueron a una gran casa que descubrieron en un llano, sin que ya hubiese indios que los fatigasen, sino con vocería que les daban desde las sierras, y estuvieron allí aquella noche y en amaneciendo salieron buen rato por tierra llana y en subiendo un cerro hallaron una gran fuente de buena agua, adonde pararon y se refrescaron porque hasta allí siempre habían traído poca y mala. Llegaron a Hueyotlipa, lugar de dos mil casas, de la señoría

de Tlaxcalla, no osando acometer los indios, sino dando gran grita de lo alto de las sierras. Salieron los de este lugar a recibirlos, teniéndoles grandísima lástima de lo que habían padecido; lloraban las mujeres de verlos, regaláronlos y proveyéronlos de lo necesario con mucho amor. Cortés dio gracias a Dios, que yendo roto y huyendo hallase tanto acogimiento en infieles; decían, por qué no les habían creído, pues los dijeron siempre que no se fiasen de mexicanos, que eran traidores. Aquel día, a la tarde, acudieron Maxixcatzin y otro señor gobernador de Huexotzinco, que cuando se cristianó se llamó don Juan Xuárez y otros muchos y también Xicotencatl el Mozo, aunque éste iba por cumplimiento. Llevaban muchos refrescos de comida; recibiólos Cortés con gran alegría, aunque ellos se espantaron de verle herido y casi a toda la gente y tan destrozada; y maravillado Maxixcatzin, le habló con mucha elegancia, diciendo: que pues tenía valor para contra todo el imperio mexicano, que alguna traición había sucedido. Consolóle; díjole que se alegrase, que con la vida podría vengar aquella injuria, pues estaba entre los tlaxcaltecas, sus verdaderos amigos, que le ofrecían le ayudarían con todas sus fuerzas. Todos aquellos señores le ofrecieron lo mismo. Satisfizo muy bien Cortés a todos, agradeciendo su voluntad, sacó el estandarte y armas de el general mexicano; púsoselo por su mano en la de Maxixcatzin; dio a los otros muchos despojos habidos en la batalla de Otumba; también los capitanes y soldados, imitando a Cortés, dieron infinitos de los despojos que llevaban de la batalla, con que holgaron muchos por ser trofeos mexicanos. Aquí entendió Cortés que habría doce días que habían salido Juan Juste y Morla, con treinta castellanos, de Hueyotlipa, con la recámara de Cortés, caminando a Mexico y que aunque pelearon bien, los mataron las guarniciones mexicanas, con un hijo de Maxixcatzin que enviaba en su compañía, aunque ellos defendiéndose bien, mataron mucha gente; y fue así que después pareció escrito en una corteza de un árbol: por aquí pasó el desdichado Juan Juste con sus desdichados compañeros, con tanta hambre que por pocas tortillas de maíz dio una barra de oro que pesaba ochocientos ducados. Fueron luego a Tlaxcalla y según la mucha población, parecía hormiguero la gente que salía a los caminos a ver los castellanos. Salió a recibir a Cortés la señoría, con más de cien mil hombres (y no ducientos mil, como dice Herrera); porque el padre fray Toribio Motolinía, dice que este número es el que aquesta señoría ponía en campo, en orden. Iban las mujeres y niños en la delantera y en viendo a los castellanos, lloraban, maldiciendo a los traidores mexicanos. Llegaron los ciudadanos que los recibieron con mucho amor. Tomaron a Cortés en medio los señores de las cuatro cabeceras; era grande la música a la entrada de la ciudad; aposentáronle en casa de Maxixcatzin, diole bien de comer y en el patio se hizo luego una gran fiesta y baile y también acomodaron bien toda la gente.